

pensación los ferrocarriles han levantado nuevas poblaciones y desarrollado nuevas industrias.

Las estaciones del camino entre las poblaciones son generalmente las características haciendas que se encuentran á cada paso, y que consisten las más veces en una gran casa habitación de adobe, y otras más pequeñas circunvaladas por una gran pared blanqueada; á veces sólo en la pared y en las pequeñas habitaciones, teniendo cerca generalmente una laguna artificial, enlodada y alimentada por las lluvias y los desagües con una agua calichosa y de mal sabor, y tal vez un pozo ó noria, trabajada por una mula ó un hombre; ó un jagüey ó estanque cuadrado de cal y canto, al que se introduce el agua por un conducto subterráneo. Algunas de estas haciendas tienen casas habitaciones que son verdaderos palacios, como por ejemplo, la hacienda de Bocas, de los hermanos García, á once leguas de San Luis Potosí, que está valuada en medio millón de pesos, tiene seiscientos habitantes siembra mil fanegas de trigo y tres mil de maíz, y ha gastado en sus ensayos de posos artesanos doscientos mil duros.

En la mesa central del norte el maíz es generalmente chico y está mal cultivado. En otras localidades el cultivo es mejor, encontrándose puntos muy bien trabajados y en estos los naturales presentan mejor apariencia. Casi siempre vemos, sin embargo, los primitivos arados de madera, tirados por bueyes á cuyos cuernos se afirma el yugo. Con una mano el peón tiene el arado en el que sólo se encuentra una manija, mientras en la otra lleva un aguijón largo; este sistema se aplica también á los arados americanos que á gran prisa están reemplazando á los antiguos, pero todos prefieren los hechos con una sola manija. Realmente ¿para que sirven dos si una sola basta?

Casi todas las cosas se hacen aquí por pares. A veces se manda á una persona á que vigile á otra y á veces á que la ayude. Las mujeres van ordinariamente por pares. En las diligencias hay dos cocheros, y á veces he visto en los carros dos conductores, uno que recibe los boletos y el otro que los cancela. Los hombres y las mulas cuestan poco en este país y lo mismo las mujeres; pero parece que se confunden algo las cosas, pues á menudo se ve al hombre desempeñando el trabajo de la mula, y á la mujer haciendo la tarea del hombre, y con mucha frecuencia también, el hombre, la mujer y la mula no hacen nada.

Los trámites están en toda su fuerza, sostenidos por las propensiones nacionales y desarrolladas por el pupilaje de los tiempos coloniales, en que el amo, el soldado y el empleado buscaban juntos y separadamente, asentar su autoridad y alcanzar obediencia. El alcalde y sus ayudantes son todavía personajes importantes, que en las poblaciones de provincia ejercen un mando casi despótico, y se mezclan en todos los asuntos que pueden.

Para reparar una casa es preciso conseguir el permiso de las autoridades municipales, pagando un tanto al día, según el número de varas que se obstruyen en la calle, lo mismo sucede si se quiere pintar el frente de una tienda, ó bajo un letrero cualquiera. En algunas partes los vecinos tienen que regar las calles en el frente de sus casas. Se barre á mano,

excepto tal vez en partes de la capital, y cada vecino está obligado á barrer la calle hasta la medianía, y amontonar la basura para que levanten los carretones de la ciudad. (1) El ruido de las escobas de popote que comienza al amanecer, es generalmente lo primero que perturba el sueño de los viajeros.

Para más alumbrar las poblaciones y hacer saber á la gente que hay policía en vela, de trecho en trecho coloca ésta sus faroles en el suelo, en el centro de las calles; en algunas ciudades del interior estos se suspenden de algunos alambres que corren diagonalmente de una esquina á otra. Es una costumbre añeja que data de la época de los españoles.

El sistema de policía es excelente é igual al mejor del mundo. Es una especie de organización militar, copiada de la francesa. Los individuos de la policía ganan hoy un peso diario; antes recibían medio peso, y el servicio se dividía en guardas ó diurnos, y serenos ó nocturnos.

Desempeñan en gran parte las atribuciones de policías las tropas, que también han sido reorganizadas según los sistemas europeos más modernos.

El personal, el equipo, y todo es de lo mejor, fabricándose en el mismo país la mayor parte del armamento, según los modelos más adelantados.

Bien alimentados, bien armados y bien disciplinados, los soldados mexicanos no tienen que temer á ningún enemigo. La potencia extranjera que hoy quisiera invadir á México, vería que era muy distinto pelear con los mexicanos ahora, á lo que era hace cuarenta años.

Con excepción de algunos puntos, se viaja actualmente con tanta seguridad en México como en cualquier parte de los Estados Unidos, gracias á Porfirio Díaz, quien estableció la fuerza de rurales y organizó el sistema de atrapar á los ladrones con los mismos ladrones convirtiendo á las hordas de salteadores de camino en útiles instrumentos de la ley. Todavía en algunos trenes y estaciones hay pequeñas fuerzas armadas; pero esto más bien es para dar ocupación á los soldados que por una verdadera necesidad. La justicia es breve en este particular. El ladrón es prontamente aprehendido y sumariamente despachado, siendo á menudo fusilado por sus captores, á pretexto de que quiso fugarse antes de llegar á la cárcel; y si no lo hacen el tribunal lo extraña. A este procedimiento llaman los chuscos *ley fuga*.

En México los ladrones de camino y los asesinos no salen de entre los indios, tan trabajadores á pesar del mal trato que les dan; sino de entre los descendientes holgazanes y viciosos de los conquistadores, y otros. El país ha sufrido mucho por esta plaga desde los primeros días de la conquista, siendo los pobres indios víctimas de los enjambres de aventureros, impostores y tahures que vivían á costa del trabajo de ellos, y les acababan

(1) En Zacatecas, bajo pena de multa, obliga la autoridad á los vecinos á guardar dentro de sus casas las basuras ó inmundicias infecciosas de la calle hasta que buenamente pasa el carretón á recogerlas, resistiéndose el carretonero á admitir las que caían mezcladas con el estiércol de las bestias que trasitan por las calles, á pretexto de ser basura de las caballe rizas.

la vida. Los productores han sido siempre los esclavos; los ociosos consumidores son muy á menudo los amos. En algunas partes, cuando una ciudad se ve plagada de viciosos hay la costumbre de hacer una leva por mayor, obligando á todos los vagos y sospechosos, que no pueden probar con las constancias de sus barrios no haber faltado á las leyes, á que sirvan al país en la frontera, peleando contra los salvajes, ó trabajando en los caminos públicos. Los resultados son magníficos, y este sistema debiera imitarse en otros países. Yendo para el norte me encontré una vez con una banda de estos patriotas, que se contaban por centenares y estaban unidos por vínculos de acero, y bien vigilados por tropa de caballería para que no se perdieran ó fueran plagiados. Poco después los periódicos dieron la noticia de haberse aumentado considerablemente el patriótico ejército de la frontera.

Los mexicanos son aficionados á portar armas mortíferas: cuchillos grandes y bien pavonados, y pistolas con formidables hileras de cartuchos al cinto; pero muy raras veces hacen uso de arma alguna. Siguiendo el consejo de un amigo llevé conmigo una pistola en mi viaje á México; pero la regalé antes de haber estado mucho tiempo entre esta gente tan fina y de maneras tan suaves.

Los mexicanos de la mejor clase han adoptado el sistema de vida europea; el desayuno, que se compone de café ó chocolate al levantarse; después montan á caballo; el almuerzo ordinariamente se toma entre las nueve y las doce, y equivale á una verdadera comida de otros países, con gran variedad de platos, desde la sopa hasta los postres, vino, y puros; después cada cual se entrega á sus ocupaciones; la comida de dos á cuatro, y después la siesta, menos observada hoy en la capital que antes, y absolutamente innecesaria en la mesa central. Las señoras hacen generalmente una merienda ó *lunch* de cuatro á seis, en la que no toman parte los hombres, que se supone están entregados á sus negocios; al fin viene la cena, que se sirve entre ocho á once. Los hombres profesionales cierran sus oficinas á las seis; y después se pasean en la plaza ó visitan á sus amigos y concluido el chocolate y los cigarros, se retiran.

Descendiendo en la escala del bienestar y refinamiento social á la clase más común, la cocina es de un tipo más mexicano, hasta llegar á las tortillas que reemplazan al pan, y al pulque ó al mezcal que sustituye al poco dispendioso y miserable flúido del país que lleva el nombre de vino. Probablemente la fruta entra en primer lugar como el alimento principal del pobre, particularmente la tuna, que es agradable al paladar y sana, y vienen después el maíz, los frijoles, y de vez en cuando huevos y carne de chivo. Hay que reconocer que estas gentes logran, comparativamente hablando, grandes resultados con pocos elementos, lo cual es el colmo de la ciencia. Por ejemplo: la mexicana en su cocina, con un pedazo de carne y unas cuantas legumbres, dos ó tres ollas de barro, y un puñado de carbón vegetal, confeccionará para la mesa, media docena de platillos que cualquiera calificaría de excelentes.

A la vez que la clase superior come demasiado, con perjuicio de su salud, la gente pobre no come bastante. Creo que el comer y beber demasiado, como cualquiera otra violación de las leyes de la naturaleza ya sea en el ejército ó en el trabajo, es sumamente nocivo en esta altura y clima, donde el aire delgado se enfría por la elevación, al mismo tiempo que el sol tropical lanza sus rayos perpendiculares; pero no es menos perjudicial la semi-hambre de la gente pobre y de las mulas y burros que tanto trabajan. Sólo viven los muy fuertes; los demás se mueren prematuramente.

Lo que es el té para el ruso, es el cigarrito para el mexicano; se le llama cigarro á diferencia del *puro*, que es de puro tabaco. Sea que esté envuelto en hoja de maíz ó de papel, el cigarro es el solaz universal de viejos y jóvenes, ricos y pobres, hombres y mujeres; y está tan en su lugar en la calle como en la puerta, en la mesa de comer, en el escritorio, en la cama ó en un salón de baile. Siendo de tabaco puro, estos cigarritos no son tan perjudiciales como los que se fabrican en el norte, pero el efecto del uso continuado de este narcótico en tantas generaciones se ve palpablemente.

Los mercados en la mesa central presentan sus atractivos, aunque las frutas tropicales y otros productos de las tierras bajas no son exactamente lo que esperaría hallar el extranjero, si exceptuamos las deliciosas piñas y ciertas clases de naranja, pero pasando á la tierra caliente es notable la diferencia, no sólo en las frutas sino también en la gente. La moneda mexicana consiste en billetes de banco y la plata en la capital, y fuera de allí, la plata constituye la moneda principal. Vale generalmente de doce á diez y ocho por ciento menos que la moneda americana, la que fácilmente puede cambiarse. El oro tiene poca circulación.

Los billetes del banco nacional y del monte de piedad van generalizándose mucho en la capital y extendiéndose gradualmente á todo el país. En la frontera es raro el papel moneda de buena clase, pero en la mayor parte de las ciudades del interior se pueden conseguir letras de cambio, evitando así el riesgo y el trabajo de llevar plata en los viajes. Sin embargo la persona que haga un viaje dilatado en el país, todavía necesita llevar una mula para cargar la bolsa. Los cambios sobre New York y Londres en la ciudad de México tienen de doce á diez y ocho por ciento de premio, pero han subido después excesivamente.

Los mexicanos, desde los más encumbrados hasta los más humildes, son sumamente corteses, cualidad que pronto adquieren sus vecinos del norte, de temperamento menos flexible cuando vienen á este país. He llegado á ver un conductor yankee de ferrocarril quitarse el sombrero al hablar á un pasajero mexicano que no era de rango muy distinguido. Los hombres á menudo se abrazan al encontrarse uno y otro, los brazos sobre los hombros y dándose unas palmaditas en señal de cariño: los niños á veces besan las manos á los ancianos, quienes permanecen levantados durante la ceremonia. Al encontrarse y al despedirse las señoras se besan ambas mejillas cuando son amigas muy queridas; y en las calles es interminable el movimiento de los dedos, que es el estilo con que se saludan. También los hom-

bres usan este modo de saludar á distancia; consiste en mover los dedos del centro teniendo levantada la mano.

En todas las casas de alguna pretensión, la sala de recibir, lo mismo que las oficinas públicas, tienen sofá con un tapete enfrente, y sillones en una y otra extremidad colocados en ángulo recto con el sofá, hallándose distribuidas las sillas en toda la sala. Aquí como en Alemania, el sofá es el lugar de honor, y en él se sienta la visita, colocándose el dueño de la casa en uno de los sillones al lado. Las señoras reciben de la misma maneaa. La gente se pasaría sin casa antes que carecer del sofá.

Al concluir la visita se hace la despedida. El dueño de la casa acompaña entonces á la persona hasta las escaleras, pues que las salas y las asistencias ordinariamente están en el segundo piso, y aquí se repite el "hasta luego." Dando vuelta á la esquina al descender las escaleras para el patio, la visita por tercera vez saluda quitándose el sombrero, las señoras repitiendo sus adioses. Cuando se quiere llamar á una persona, se mueve la mano hacia abajo y en dirección hacia á uno mismo, en lugar de mover la mano hacia arriba como es común entre los anglo-sajones. Si la visita es una señora, el dueño de la casa le ofrece el brazo ó la mano, y así bajan la escalera hasta colocarla en el carruaje que nunca falta.

Los caballos y carruajes de los particulares se guardan en un patio interior, llevándose al patio del frente ó de la familia, que allí monta. Se abren entonces las pesadas puertas del zaguán y sale velozmente el vehículo al paseo de todos los días. Hay muchos carruajes elegantes tirados por mulas.

Durante los últimos cincuenta años ha habido un cambio notable en el estilo de los carruajes. Antiguamente en los Domingos y días de fiesta, las avenidas de la capital se llenaban de vehículos la mayor parte de sopandas y sin muelles, tirados por dos ó cuatro mulas; sobre una de las cuatro se montaba el cochero.

Dos señores generalmente vestidos de gran traje, ocupaban el asiento de atrás, fumando y conversando con algun caballero, mientras que el resto de la familia ocupa los demás asientos; pocas señoras se ven á pie en el paseo, en lo que se diferencia de las de Madrid.

Si alguno os dice que su casa es vuestra, que él y todos los suyos están á vuestra entera disposición, y que vivirá ó morirá por vos, según lo dispongais, no os dejéis llevar de ilusiones; porque bien lo sabe y vos también debierais saberlo, que él nada de eso habría de hacer. Considérese la multitud de ceremonias, sin ninguna significación, que existen en otras muchas naciones, verdaderas reliquias de los pasados tiempos, de cuando la sociedad estaba rigurosamente dividida en castas y clases, amos y sirvientes, señores y siervos, de cuando los extranjeros eran escasos y considerados como personajes sospechosos, y eran pocas las visitas de los amigos, no se tome al pie de la letra lo que no pasa de ser simplemente expresiones corteses para manifestar buena voluntad y sentimientos amistoso-

sos. No hay razón alguna hara que se desvíe uno de su camino privándose de la comodidad.

Entre los mexicanos de todas clases, hay cierta preocupación en contra del calor artificial dentro de las casas. Probablemente hay menos estufas hoy que pianos en México. Las paredes, sean de adobe, ladrillo, ó piedra, son tan gruesas, que el interior de las casas es más fresco en verano que la atmósfera exterior, y más caliente en el invierno. Sin embargo, en la elevada mesa central, las casas no prestan comodidad en el invierno, y á pesar de esto, antes que encender fuego los que las habitan, prefieren tiritar de frío durante los prolongados meses de invierno, porque dicen que el aire enrarecido ya por la altura, se deteriora cuando se enrarece más con el calor artificial. Cuando es absolutamente necesario calentar un cuarto, se usa un brasero con carbón vegetal. Esta teoría, sin embargo, no está comprobada ni por el indicado razonamiento, ni por la experiencia. Nunca se ha llegado á demostrar que por lo tocante á la respiración sea peor calentar el aire en la cima de una montaña que hacerlo en la base. El aire delgado cuando se adelgaza más por el sol en el verano, todavía es saludable, con todo, la superstición puede más; y he notado que cuando los mexicanos pasan de un cuarto interior al aire libre, se detienen un rato en el pasadizo á fin de que el cambio no sea demasiado súbito. Se aconseja á las visitas que se cuiden de un golpe de aire, lo que se teme al pasar de una pieza oscura á la luz fuerte de la calle, porque muchos se han perjudicado así la vista. Es bastante común ver á las personas caminar por las calles tapándose la boca con un pañuelo.

Al sacudir el yugo de España, México sacudió también muchas de las antiguas costumbres y creencias españolas. Aquellos que tenían recursos suficientes para hacerlo, cambiaron casi inmediatamente el traje, el equipo y los muebles, adoptándose generalmente las modas francesas. El mueblaje de los ricos despliega una gran variedad de hermosas maderas, con mesas y armarios de mosaicos, elegantes cortinas, alfombras y camas de pabellón. Una gran parte de los muebles fabricada en el país, pero las alfombras más elegante se importaban de Europa. Los antiguos y pesados carruajes españoles, y los toscos arneses de los caballos, quedaron abandonados sustituyéndose con otros que eran tan fuertes como aquellos, pero más elegantes.

Fueron menos afortunados respecto á sus trajes, imperando en este particular la extravagancia, como sucede de ordinario. Los sombreros de copa alta y estrechas alas, mal podían sustituir al sombrero mexicano para la lluvia y el sol, entonces tambien se adoptó la moda que todavía dura de usar los zapatos sumamente ajustados, con las puntas y zuelas muy angostas, calzado que no sólo hace sufrir á los que lo usan, sino que produce deformidad en los pies, destruyendo la elasticidad natural del cuerpo al andar y haciendo desaparecer la gracia que resulta de vestirse holgadamente. En cuanto á las casacas y corsés, Londres añadió sus locuras á las de París; debido á esto vemos hoy aquí todas las novedades de las modas

européas y americanas, no obstante el traje mexicano, que cuenta con la predilección patrióticas de muchos políticos distinguidos.

Las señoras de la capital usan sombrero ó gorro, menos cuando van á misa, pues entonces se cubren la cabeza con la graciosa mantilla de encaje negro con tres puntas. En las clases ínfimas que generalmente se apegan á las costumbres del país, las mujeres se cubren la cabeza con el rebozo, que por lo común es de algodón, lana, y á veces de seda con flecos en los extremos. El rebozo ordinariamente tiene una vara de ancho por dos ó tres de largo, y se usa sobre la cabeza y las espaldas llegando hasta la cintura y pasándose una de sus extremidades por sobre el hombro opuesto. Es casi siempre de color oscuro, pero algunas veces se usa también de colores variados. Podrá estar muy gastado ó hecho una hilacha, pero siempre lo lleva la mujer con gracia, y hasta las criaturas con una habilidad de que no se aperciben, lo usan siempre bien puesto. Hay algunos de un precio tan subido, que valen lo que pesan en oro, y de un tejido tan fino, que pueden pasar por un anillo. Pero también los hay pesados con tramas de hilo de oro ó de plata.

Las mujeres de la misma clase usan una camisa blanca descotada, de mangas cortas, con una enagua de calicot ó franela; á veces usan sobre la camisa una chaqueta corta del mismo género que la enagua. Son muy amantes de los colores vivos, particularmente del rojo y color de rosa, prefiriendo siempre enaguas de lana encarnada, á que llaman zagalejo, y son á veces muy vistosas. Este es uno de tantos trajes. Usan además una enagua blanca debajo de la exterior, y algunas llevan cadena y arracadas de oro. Tienen alguna vanidad perdonable en sus cabellos largos, negros y relucientes, que á veces les llegan hasta los pies. Se lavan el cabello menudo dejándolo caer suelto sobre las espaldas para que se seque, cuando van del baño para sus casas. Con frecuencia usan dos trenzas sueltas ó enrolladas sobre la cabeza. Corresponde al rebozo de las mujeres, el zarape de los hombres: es de un tejido parecido al de las frazadas pero mucho más ancho y grueso que el rebozo, algunas veces son listados y otras de un solo color; en el centro de los zarapes de los jornaleros, hay una abertura por donde pasan la cabeza y entonces cae sueltamente sobre la espalda; usan camisa blanca, blusa de algodón, pantalón del mismo género, viniendo á completar el traje los guaraches ó sandalias de cuero. Otros usan calzoneras de gamuza ó de paño, pantalones de tela oscura, con camisa blanca y una chaqueta que llegue hasta la cintura, y muy á menudo una banda ó faja de color rechinante.

Sucede con los zarapes lo mismo que con el rebozo, hay algunos de un tejido muy fino y de brillantes colores. Los caballeros lo llevan atado en los tientos de la silla cuando van á caballo, ó se lo embozan con mucha gracia.

El sombrero es una verdadera notabilidad en la clase á que nos hemos referido. Su material y calidad son de importancia secundaria, el tamaño es todo, pero también se cuida de la forma. Es generalmente de fieltro ó palma, y para estar en regla es indispensable la toquilla. Vemos pues

que en cuanto á sombreros les sobra á los hombres y les falta á las mujeres. Hay tiendas donde sólo se venden sombreros de palma, y otras donde sólo los hay de fieltro. Como en los días feudales de la Europa, en que los hombres eran pájaros de vivos plumajes, así sucede ahora en México, especialmente en los caballeros que son los más ostentosos en el paseo.

Así lo vemos en el traje del *charro*, usado por el caballero del campo en su hacienda, ó cuando va á caballo en la ciudad. Consiste en calzoneras de paño negro, ajustadas como un guante y adornadas á lo largo de las piernas, por una hilera de botones dorados ó de plata, sobre esta se usa bota fuerte con la inseparable espuela mexicana. Camisa blanca rizada, chaqueta negra, adornada también con botones, sombrero muy adornado con galones de oro ó plata, y el monograma del dueño en un lado ó los dos, completan ese bonito y pintoresco traje, añadiéndose algunas veces, una faja encarnada. Los trajes de montar de los verdaderos mexicanos, sean de la clase elevada ó pobre, se diferencian esencialmente en su calidad. El paño, las pieles y la plata que entran en un traje de primera clase, hacen subir su precio á centenares de pesos.

La chaqueta está bordada de plata ú oro, y ribeteada con pieles, las calzoneras, que antiguamente se usaban abiertas por la parte exterior de las piernas, van ahora sumamente ajustadas; pero todavía se usan las botonaduras de plata. Los pantalones de color verde mar ó azul celeste, que hace cincuenta años estaban muy en boga, pocas veces se ven en el día, y en el paseo se usan menos las botas de Guadalajara y las enormes espuelas de Toluca, éstas todavía son bastante grandes y el cruel bocado árabe con que el pobre caballo se encuentra en el purgatorio. La espada es parte integrante aun del traje, hasta en los paseos de las principales ciudades. Los que se han acostumbrado á estar mucho en la silla, adquieren el hábito de pisar con la punta del pie, aunque no lleven espuelas.

Una silla ordinaria vale de cuarenta á sesenta pesos, pero si la adornan profusamente con plata, le ponen un pomo del arzón ataraceado y le añaden la anquera que á veces es de cuero bordada con plata ú oro, y á veces de pieles con hilos de los mismos metales, y colgajes de plata, finalmente una brida adornada también con plata, es fácil gastar en estos arreos de quinientos á mil pesos. El caballo de paseo es un animal peculiar, de estampa que es un medio entre lo que en California se llama *mustang* y el caballo americano, aquí se le llama *bracador*, por la acción de los brazos ó piernas delanteras que el caballo dobla al moverse, echándose bien hacia atrás sobre los cuartos traseros: no debe ser demasiado grande ni tampoco pesado, pero sí de lustrosa piel y de andar lento, al mismo tiempo que de mucho brío, para que tanto el caballo como el jinete puedan lucirse con más ventaja.

Todavía hay corridas de toros, menos en aquellos lugares donde las autoridades han llegado á comprender que ese matadero con su barata ostentación de bravura, y toreros con trajes de colores rechinantes que se divierten con los bramidos del toro, al despachar al otro mundo un caballo de diez pesos, no es por cierto de los espectáculos más cultos y refina

para los domingos; ni el mejor medio de crear fondos para objetos caritativos, aunque los dirija el prefecto ó los presida el gobernador.

El teatro ha sido protegido muchas veces por el gobierno; en 1831 y 1832 contribuía con veinte mil pesos para sostenerlo, y posteriormente, durante las administraciones de Santa Ana y Maximiliano, también recibía subvenciones del erario.

Los mexicanos son músicos por naturaleza. Cada compañía militar y cada población tiene una ó más bandas, cuyos miembros nunca han tenido una instrucción regular. Los hijos aprenden algo del padre y el director hace lo demás, siendo el resultado muy satisfactorio, pues hay millares de plazas donde se oye muy buena música durante las tardes, en estos climas tropicales. Su especialidad es la música de baile con sus mágicos movimientos, tocada con perfecto compás y tono. El oído de los mexicanos es notablemente fino, y aunque en su mayor parte no tienen instrucción, su gusto é instinto músico son exquisitos.

El músico mexicano, aunque no del todo mortal, está sujeto á las fragilidades de los mortales. Amante de su pulque ó mezcal y necesitando refrescarse constantemente, para no perder la inspiración, bebe á veces con demasiada libertad: entonces hay que llamar á uno de los sustitutos para reemplazarlo, mientras que el inhabilitado artista se acuesta en el suelo y duerme tranquilamente sin que deje de participar de la fiesta en sus sueños.

La danza nacional que toma aquí el lugar de la más pronunciada habanera, tiene un movimiento lento y medido que aviene bien con el compás de la música. Las canciones mexicanas tienen también ese carácter, y varias de ellas son compuestas para las danzas. Realmente la música de los mexicanos es tan caracterisca como los aires napolitanos ó el *Volklied* alemán.

Una de sus peculiaridades es su tonada melancólica. Aquí aun las canciones, los gritos de los vendedores en las calles y las risotadas de las gentes, se dan en tono menor. ¡Escuchad el ruido de la multitud que conversa, y os figuraréis estar oyendo una conferencia al lado de un camarada que está agonizando!

El mexicano es jugador por instinto, si esta palabra encierra algún sentido. Es bastante supersticioso para tener fe en la suerte, no le gusta trabajar; frecuentemente necesita dinero; ¿de qué otra manera podría adquirirlo? A pesar de las leyes vigentes en la capital, hay juegos de diferentes categorías; mesas en que no se ve otra cosa más que cobre, otras en que hay plata u oro, y otras, por último, en que sólo se permite el oro, y aquí la apuesta más baja es de una onza.

Por una ley de 1828 se mandaron cerrar todas las casas de juego, dejando sin ocupación á una multitud de jugadores de profesión, y privando á muchos más de su diversión favorita. Este procedimiento probó á la vez la fuerza material del gobierno que pudo hacer respetar una medida tan impopular, así como la moralidad de los gobernantes que creían inicuo y pernicioso el juego. Sin embargo, una pasión tan fuerte y arraigada

no podía extinguirse tan fácilmente. Había en ella, lo mismo que en la religión, mucho de consolador, así fué que al segundo año pudo escribirse lo siguiente: «Desde los más encumbrados hasta los más humildes, todos juegan; y no es raro ver senadores y aun funcionarios de la más elevada categoría en los gallos ó apostando en la mesa de juego, contra los pobres jornaleros medio desnudos.»

Varias veces han dictado medidas para disminuir el mal, pero con muy poco éxito. Con todo, debemos confesar que los jugadores de profesión no disfrutaban de respeto ni crédito en la buena sociedad.

En algunos países el oficio de prestamista sobre prendas es considerado tan vergonzoso como perjudicial, pero en México, el negocio está bajo los auspicios del gobierno, produce algunas rentas, y el manejo del Monte de Piedad se confía á una persona de reconocida integridad. Recibe todos los efectos que la gente pobre lleva, presta sobre ellos una parte considerable de su valor, cobrándoles un tanto por ciento moderado á la devolución, por el uso del dinero. Si los efectos no se sacan del empeño á los seis meses, se venden en remates, de los que hay uno cada mes. La institución es patrocinada por las clases ínfimas y sus almacenes son verdaderas tiendas de curiosidades. Tiene sucursales en toda la república y hace además negocios de banco y corretaje, lo que dió impulso el estado de confusión en que se encontraban las leyes relativas á propiedad y cobro de deudas en la época colonial. Podrá ser una institución muy benéfica como dicen, pero si hubiera bancos de ahorro, cosa rara en México, y el pueblo quisiera patrocinarla, habría menos necesidad de las casas de empeño. Lo mismo decimos de las loterías, de las que unas son nacionales y otras de los estados, y producen rentas para el gobierno. Están indudablemente bien administradas; con menos juego y más trabajo, empero, sería mucho mejor para el gobierno, particularmente para la sociedad. Los transeúntes son acosados en cada esquina por los billeteros, que les ofrecen con fudo aplomo «¿Los diez mil pesos para esta tarde?» Si se le aconseja al vendedor que no pierda la ocasión para beneficiarse así mismo, toma la indicación de muy buen humor y se dirige al que está más cerca.

Parece que la hermosura no está bien distribuida en el país. En algunas partes de la república abundan mujeres de muchos atractivos, siendo por regla general las mestizas de mejores facciones que las indias y más robustas que las criollas, en otras partes se puede decir que no hay jóvenes, pues sólo se ven muchachitas de ocho á diez años, algunas madres de pequeña estatura ya viejas y arrugadas, de trece á veinticinco años de edad, y después verdaderas viejas abuelas, ó que están á punto de serlo. Sobre todo las niñas y aun los muchachos, tienen una timidez simpática que conservan hasta muy entradas en años.

A pesar de que abundan las mujeres, las esposas son caras en México, y por esto los pobres en las ciudades se abstienen de casarse. Por una licencia para contraer matrimonio el jornalero, tiene que pagar de cinco á quince pesos, equivalente á los ahorros de muchos meses, y tener un padrino. A pesar de que el matrimonio civil es hoy el único legal, y ha facili-

tado que los pobres se pudieran casar con poco gasto, las clases ínfimas, especialmente las mujeres, son tan afectas á la iglesia, que para ellas no hay matrimonio mejor que el que bendice el padre, quien por regla general cobra por sus servicios hasta donde lo permiten los recursos de los contrayentes, sin sacrificio. Mejor sería que se les dejase casar canónicamente con poco costo, y así se elevaría el tipo de la moralidad, seguro de que las rentas del clero no sufrirían por esto.

El modo de hacer el amor entre los mexicanos es muy bonito y romántico, pero no cuadraría con las ideas inglesas ó americanas sobre la adaptabilidad de las cosas. *Rondar la casa* es la manera favorita de demostrar el cariño. El admirador de una señorita con su vistoso traje de charro se presenta montado en un corcel, que si no es de natural fogoso, se le obliga á bailar y á tener brío, manejando con destreza el cruel freno mexicano. El novio pasa y repasa enfrente del balcón donde ella se estaciona á ciertas horas con el objeto de recibir ese homenaje, hace al caballo correr furiosamente á veces, y luego estirando las riendas lo sienta sobre las patas de atrás. Se repite esta maniobra hasta que la persona á quien se dirige semejante lisonja se digna echar una mirada de aprobación á su adorador. En otras ocasiones el joven enfermo de amor permanecerá en pie horas enteras hablando con su enamorada por entre las rejas de fierro de las ventanas, recibiendo tal vez en premio el que se le permita tocarle con los labios la punta de los dedos; a veces se para en la acera de enfrente mirando fijamente lá a ventana donde debiera estar la hermosa, pero, ¡oh desgracia! ella no se asoma. A veces también echa flores y aun esquelas á su balcón, ó cohecha á la recamarera para que las lleve á la señorita. Bien desgraciados han de ser los amantes si no pueden contar siquiera con una criada confidencial. Pero el pretendiente no tiene ni pide la entrada á la casa paterna, hasta que se presenta como el amante admitido de la niña, y entonces sólo le ve en presencia de la familia y nunca tiene con ella una conversación *tete á tete*. La oferta se hace generalmente por medio de un amigo, y no se presenta el pretendiente en la escena hasta que todos los preliminares están ya arreglados. Nunca dejan de vigilarlos, sin embargo, hasta el día mismo de la boda.

La pobre mujer del jornalero, tanto en las poblaciones como en el campo, lleva á su hijo á cuestras todo el día aunque tenga que portar una carga muy pesada. Los niños muchas veces no llegan á su completo desarrollo, ó crecen mal formados, á causa de las posturas poco naturales en que los llevan.

La ama de casa mexicana, sea de posición elevada ó humilde, se precia de tener una vajilla numerosa, aunque á veces haya poco que poner en los platos. He visto en algún lugar las paredes materialmente cubiertas con vajilla de barro corriente y en otro he visto armarios llenos de piezas supérfluas, con su orilla dorada y monograma. Se fabrican utensilios de un barro colorado, para la cocina, en Guadalupe y Guadalajara; pero los mejores vienen de Cuautitlán llamandone "ollero" al que los vende.

Los extranjeros patrocinan á los vendedores de figuras de barro, que

presentan los tipos de las diversas clases de la sociedad con no poca maestría plástica y admirable trabajo. En algunos puntos, principalmente en San Pedro, cerca de Guadalajara, los indios son muy hábiles para hacer retratos de barro, sacándolos de los originales ó de fotografías. Se rigen enteramente por la vista, sin tomar medida alguna, y empleando como material un barro aceitoso de color oscuro, que con el calor adquiere un tinte más subido. He visto un retrato sacado de una fotografía por Pantaleón Panduro, indio de sangre pura; á pesar de que el artista nunca vió el original, es de un parecido admirable y prueba mucho talento artístico. Entre los naturales hay algunas figuras que tienen demanda, según van llegando las festividades religiosas.

Los trabajos de pluma son también una especialidad en que se distinguen los indios. No solamente imitan todas las aves que hay en el país, en pequeñas y hermosas tarjetas, sino que también hacen guirnaldas y dibujos complicados con plumas de distintos colores, produciendo resultados maravillosos. Los artistas plásticos trabajan también la cera y la piedra con muy buen éxito.

Convierten el *tecali* ó mármol de Puebla en multitud de formas, representando frutas y pescados, y también sacan hermosas losas ó tapas para mesas y aguamaniles. Con esto se podría crear una industria importante que pronto adquiriría una estimación universal, porque el *tecali* además de ser tan raro, es á veces muy hermoso. El trabajo de pluma y los adornos de oro y plata se encuentran entre la multitud de industrias que tenían los naturales antes de la conquista. Labran también los ópalos, las conchas, las perlas, el coral y hasta la lava de los volcanes, los tápalos de Guanajuato, las sillas de León, los trabajos de cuerno, y los rebozos de San Luis Potosí, son notables.

Las manufacturas domésticas son mucho más variadas en toda la extensión de la república de lo que uno se pudiera imaginar, examinando las listas de los efectos que se exportan. Algunas se han granjeado ya cierta fama, aunque limitada; y otras cubren las necesidades de diez millones de habitantes, entre ellas se cuentan las fábricas de algodón y estampados, que por término medio tienen de capital cerca de un millón de pesos cada una, las de lana, en que anualmente se gastan cosa de cinco millones de pesos, las fábricas de seda, de las que hace treinta años había ya veintiuna, las de papel, que ahora veinticinco años producían papel por valor de seis millones de pesos. Las fundiciones cuyos productos en esa misma época eran como siete y medio millones de pesos anualmente, y así por toda la lista hasta llegar á las fábricas de pianos de las que hay dos.

Las clases inferiores se dividen en una multitud de gremios por sus oficios, teniendo cada uno sus trajes y costumbres peculiares. Así por ejemplo, los *bateteros* ó vendedores de bateas de madera, el *petatero* ó vendedor de petates, que los da á medio real, trayéndolos desde Xochimilco, cerca del canal, para los muy pobres que los usan en lugar de colchones, viéndose muchas vendedoras de jaulas, los *cedaceros* ó vendedores de cedazos; los *canasteros* ó vendedores de canastas, siendo los traficantes en es-

tos géneros indios puros, y otros muchos de la misma clase, que fabrican varios artículos y los llevan de población en población, en enormes cargas sobre los hombros; fabricándolos y vendiéndolos en la travesía.

Hay además los *cabeceros* que gritan «Buenas cabezas calientes del horno» por las calles, el *cafétero* que tiene un puesto de café, el *velero* ó vendedor de velas; el *morcillero*, el *tripero*, que vende intestinos para hacer salchichas, el *pollero*, el *escobero*, el *nevero*, el *mantequero*, y el *pirulero* que vende unos granitos encarnados, llamados *pirú*, para alimentar á los pájaros, y el que vende «mosco para los pajaritos.»

Hay hombres que ganan la vida juntando palos para hacer carbón, estos se llaman *leñadores*, y *basureras* las mujeres que recojen trapos. Estos y otros vendedores no economizan la voz para hacerse de marchantes. La clase ínfima tiene su lavandera lo mismo que la clase superior, aquella usa un sombrero sobre el rebozo, mientras que la segunda va con la cabeza descubierta. Actualmente hay una buena lavandería americana de vapor en la capital y lavanderías de chinos en los estados.

¡Pobre Judas! después de que hace tantos años saldó sus cuentas con la tierra, todavía no se permite á su alma el descanso. El Sábado de gloria se queman pequeñas imágenes de formas fantásticas con cabezas de hombre y animales, todas muy parecidas á Judas, tal como se encontrará en distintas ocasiones, y que contienen pólvora; las vende por las calles el *judero* y los niños los cuelgan en los balcones ó de unos cordeles que atraviesan las calles de una acera á la otra. Hay efigies más grandes que tienen de seis á ocho piés; y las sacan los que quieren castigar con mayor severidad al traidor. A las diez de la mañana, luego que se repican las campanas, prenden fuego á estas efigies en toda la ciudad: el ruido de los perros que ladran, y de las matracas que venden los *matraqueros* á fin de asustar al diablo, bastaría para hacer al infeliz espantarse ó ahorcarse de nuevo.

Los gritos de las calles no han variado mucho en un siglo á dos. Al pasar de la lengua nativa á la española, el tono debe haber sufrido algún cambio, pero durante todo el período de la dominación española, y hasta el día, es la misma lúgubre cantinela, la misma nota prolongada y angustiosa con que termina cada grito, igual á la que hería los oídos de Motezuma.

En las principales poblaciones cada cuarto de hora se oye el pito di sonante y triste de los policías con que avisan que están alerta. El transeunte que se retira tarde está sujeto á oír el Quién vive? del centinela, apostado en el garitón del cuartel, y debe responder prontamente *Amigo*; y si se le pregunta *Dónde vive?* dar el nombre de su hotel ó casa para continuar su camino. Cualquiera respuesta que no sea satisfactoria, probablemente parará en la detención del transeunte en el vivac.

Desde muy temprano la gente comienza á moverse, siendo esta la mejor parte del día para el trabajo; viene después la siesta de medio día, y el resto de la tarde se dedica á los negocios ó á los placeres. Sólo los vendedores no tienen descanso. Todo el día, desde el amanecer hasta el ano-

checer se oyen las voces discordantes que salen de centenares de gargantas. El *siu-u-ú!* que traducido quiere decir: «Carbón, Señor», se oye en seguida *Mantequiiiilla!* del mantequillero: *Cecina buena* grita el vendedor de carne salada; repentinamente se oye en el zagnán de la casa la nota prolongada y plañidera de una mujer que dice: *Hay sebo-o-o*, deseosa de comprar la grasa de la cocina. Se percibe después un grito corto y violento, también de mujer, que con un soprano penetrante ofrece sus tortitas, gorditas calientes de horno, y los muchachos, el agua miel y gorditas, las cabezas y y la raíz tatemadas.

Así pasa el día con con variaciones constantes en su curso, sea del vendedor de petates de Puebla, ó de algún mercachifle judío vestido de turco que acaba de llegar de la Tierra Santa, proponiendo en venta, rosarios, cruces, y reliquias de todos los santos, y esto sin contar con la multitud de limosneros cuyo único capital es alguna deformidad en su cuerpo. Pero á todas horas se ven los hombres, mujeres y niños vendiendo billetes de la lotería. En las tardes aparecen los hombres que venden bollos de miel, requesón, y miel de abeja; los dulceros, ofreciendo *caramelos de es. perma*, *bocadillos de coco*, y *las gorditas de cuajada*, salen hacia la noche. Siguen luego las *nueces* después *«los patos mi alma, patos calientes.»* Además de estos hay otros muchos gritos de origen antiguo, aunque el «nuevo desarrollo» ha producido pocos cambios en el mexicano en cuanto á este particular y otros. Luego que se presenta el tren en una estación, lo rodean inmediatamente los vendedores de todo cuanto hay que comer y beber, cuyos gritos deben parecerse sin duda á los que se dieron en la confusión de Babel, fastidiando á aquéllos que no están dispuestos á ver estas cosas por el lado divertido.

Podremos terminar ahora perfectamente examinando, no al rico hacendado, dueño de una docena de haciendas, ni al que cuenta sus dependientes por millares en los estrechos confines de una ciudad; sino fijándonos en el rancharo ó labrador en pequeño, que en México es, en muchos puntos, superior á su hermano de Europa, especialmente en cuanto á habilidad y maneras; y además, en la Nueva España es un verdadero elemento representativo, un tipo puramente nacional, cuyas costumbres y condición social forman un conjunto muy simpático. No será muy sólida su habitación, que muchas veces se reduce á una simple enramada; pero el cielo despejado, el aire puro y embalsamado, y el paisaje encantador que tiene siempre delante, inspiran en su alma emociones de un estado de felicidad difíciles de superarse. Sus tierras no serán extensas, pero en cambio tiene mercados para sus frutos, y encuentra poca competencia que le impulse á esclavizarse ó á atesorar el dinero. Vive, no para trabajar sino para gozar. De aquí proviene que esté satisfecho con tener un pequeño terreno para cultivar el maíz, chile, frijol, y fíames; crían unas cuantas cabezas de ganado, y tal vez un pequeño campo para la cochinilla, la caña de azúcar, ó cualquier otro fruto que le proporcione algunos pesos con que comprarse ropa y divertirse. Su gusto principal consiste en poseer un caballo fogoso, una vistosa silla de montar con adornos de plata, y grandes vaquerillos de

piel de tigre barriendo el suelo; y la correspondiente reata siempre en la mano. Aquí tal vez pueda encontrarse el origen de esos rasgos de bravura, franqueza, y caballerosidad que tanto lo enaltecen á los ojos de su amada y causan la admiración de sus compañeros. No por eso deja de apreciar las ventajas que puede sacar de una ostentosa presentación, vestido con su chaqueta de cuero, con un sarape de vivos colores al hombro y un sombrero jarano galoneado de plata.

Trabaja poco, dejando el cumplimiento de la mayor parte de sus obligaciones al cuidado de la familia, para frecuentar con alegres compañeros las tabernas y los bailes, discutiendo sobre el último pronunciamiento, ó sobre la bizarria de su general predilecto, ó, tal vez, urdiendo en reuniones secretas otra revolución, que sin duda alguna, libertará á su patria de opresores. Fluctúa constantemente entre el reposo de la indolencia y una ásombrosa actividad producida por las pasiones. Cuando se halla de este humor se le ve á caballo en carrera precipitada, remoliendo la reata en persecución de algún toro alzado ó de alguna fiera, ó domando con fria y admirable pericia y gracia algún caballo endemoniado para la silla. Listo siempre para tomar parte en una pelea, se desdénia de llevarle ventajas á su adversario, y se manifiesta siempre tan ansioso por mantener el honor de su patria como el suyo propio. Pasado este arebato impulsivo se rinde á la hamaca, y fumando su cigarro de hoja, trae á la memoria sus conquistas sobre el bello sexo, repasa en su imaginación las emociones del fandango, ligadas siempre con amoríos, ó tiembla su guitarra para improvisar versos laudatorios con qué lograr nuevos triunfos. No olvida, en medio de todo eso, de cuidar su gallo de pelea, ni de apostar hasta el último real en favor de su emplumado campeón ó de su carta favorita al juego del monte.

Al escoger para esta descripción un ranchero de la clase media, lo hago de intento para no tocar los extremos de este tipo especial, pues éstos no son comparables entre sí por razón de las categorías. Así sucede que el rico hacendado tiene poco que hacer con la administración de sus bienes, y dejando todos los detalles á sus agentes, ó mayordomos, pasa la mayor parte de su tiempo en la capital; mientras que el ranchero de la clase infima es poco más que un peón, que unas veces trabaja por su cuenta, otras en las haciendas inmediatas; y guarda con celoso cuidado, por generaciones enteras, la tierra y morada que hoy puede ser suya y mañana de otro dueño.

¡Siempre feliz, nunca envidioso!

Los ricos hacendados del campo mexicano son, según he podido ver, de lo más hospitalario que se conoce: en sus cómodas casas, que parecen castillos feudales, y en sus espléndidas mesas, semejantes á las de los potentados, reservan siempre un lugar para los pasajeros que allí llegan, sean quienes fuesen y vengan de donde viniesen; les alojan y asisten obsequiosamente, y cuando quieren marcharse, hasta les proporcionan un guía y un caballo, si lo necesitan. Todo esto lo hacen con la mayor naturalidad del mundo, sin bambolla y sin alardes de ninguna especie. Yo sé de haciendas cuyos dueños designan anualmente una fuerte cantidad, que deposi-

tan en poder de sus administradores para el sustento de los extranjeros que vayan á ellas en busca de colocación, los cuales mientras no la obtienen, son conocidos con el nombre de *apóstoles*.

“No sé hasta qué punto podrán tener razón los extranjeros que califican de informales á los mexicanos. Creo que esta opinión no se apoya en otro fundamento que la experiencia adquirida por los que la sustentan en el trato de los de *cierta índole*, cuya sociedad hayan frecuentado.”

“También he oído á muchos industriales y comerciantes serios de cuya palabra no pude dudar, quejarse amargamente de la informalidad de los artesanos, obreros y *peones*, que siempre les pedían dinero adelantado y jamás cumplían con sus *patrones* el compromiso contraído en el trabajo, ó el convenio de la obra encargada. Esta falta no la pongo en duda, repito, pero cumple á mi imparcialidad confesar que no he tenido la desgracia de llegar prácticamente á comprobarla. Por el contrario, los 53 empleados mexicanos que he tenido, todos desde el Administrador de mi periódico hasta el último cajista de mi imprenta, han llenado siempre leal y cumplidamente el hueco de su deber sin dejarme nada que desear en su cumplimiento, lo cual demuestra que en este particular, como en otros, allí cual en todas partes sucede, si hay gente mala, también puede encontrarse otra tan buena como la que yo tuve la fortuna de hallar”. (a)

Hablando del especial carácter de los mexicanos dice otro español que los retrata admirablemente:

“Los mexicanos son generalmente afables, vivos, ingeniosos y muy aptos para las ciencias y las artes. Bajo el punto de vista de la imaginación y del sentimiento, considerado como pueblo poeta, el mexicano reúne el espíritu de la concepción á un exquisito sentimiento de la forma, en cuyas felices disposiciones influye sin duda, la hermosura de su naturaleza monumental, como si la estética del hombre participara de la sublime estética de Dios. En dondè todo rié, la humanidad rié también, y ya se sabe que el canto del poeta es el canto de la humanidad. Por lo demás, se achaca al mexicano el ser apasionado en demasía, teniendo que luchar entre los dos extremos de la pasión, la volubilidad de las imágenes, de las ilusiones, de los deseos, y la pertinacia inexorable de las ambiciones. En ninguna parte del globo ha improvisado la ambición tantos héroes.” (1)

“Son muy buenos ginetes y con su chaqueta corta, pantalón ajustado con dos hileras de botones de plata, y sombrero *jarano*, galoneado del mismo metal y á veces de oro, forman un traje de montar sumamente airoso, algo parecido al de nuestros chalanos y contrabandistas, pero mucho más rico y artísticamente confeccionado. El complemento de este traje, son las *chaparreras* de piel de tigre ó de chivo, la cómoda y magnífica silla con lujosos estribos, el *lazo ó reata*, generalmente hecho con correas delgadas entretregidas, y aun con una cuerda cualquiera, que sirve para lazar animales en el campo tranquilo y enemigos en el de batalla, (2) el sa-

(a) Eliceo Montes, periodista español.

(1) Roque Barcia, “Diccionario Etimológico.”

(2) Eliceo Montes, «Dos Años en México.»